

ENTREVISTA A MONS. DANIEL STURLA, ARZOBISPO DE MONTEVIDEO, RECENTEMENTE NOMBRADO CARDENAL

SI PRIMERO QUE NADA SE HABLA DEL ABORTO Y LOS ANTICONCEPTIVOS, QUEDAMOS COMO UNOS "VIEJOS CÉLIBES QUE SE REÚNEN EN ASAMBLEAS PARA MANDAR PROHIBICIONES EN TERRENOS SEXUALES", DICE DANIEL STURLA

El Papa apuesta por un cardenal que no quiere "imponer" su moral

Dos horas después de que le dieron la noticia, Daniel Sturla seguía en shock. "Siento como que me hubieran pegado una piña", le dijo a uno de sus allegados el domingo al mediodía en la puerta de la catedral. Esa mañana el papa Francisco había anunciado en el Vaticano que el arzobispo de Montevideo será cardenal a partir del 15 de febrero.

Sea por "gracia divina" o porque generó "una defensa psicológica", Sturla no termina de caer. "Es como que esto le estuviera pasando a otra persona y yo lo estoy mirando de afuera, como un espectador", le dijo el arzobispo a Búsqueda ayer miércoles por la mañana.

Sturla apenas lleva 10 meses al frente de la Iglesia montevideana, tiene 55 años de edad y es el segundo uruguayo en la historia en acceder al "Senado" de la Iglesia católica, el órgano encargado, entre otras cosas, de elegir al Papa y de asesorarlo durante su mandato. El único antecedente de un cardenal uruguayo es Antonio María Barbieri, que ocupó ese cargo desde 1940 hasta 1976.

El futuro cardenal sostiene que una de las señas del papado de Francisco es que se pueden discutir los temas "más libremente" y con "transparencia". Es "un poco la glásnost a nivel de la Iglesia", dijo Sturla comparando las medidas adoptadas por el Papa con la política de transparencia que aplicó Mijaíl Gorvachov en la Unión Soviética. "Y si eso sacude un poco algunas estructuras, bueno, que caiga lo que tiene que caer y que quede lo que es realmente auténtico", agregó.

Según Sturla, Francisco quiere que el primer "anuncio" de la Iglesia sea la salvación y recién después las "cuestiones morales". Y añadió: "Si nosotros primero anunciamos 'no al aborto, no a los métodos anticonceptivos'" solo parecemos "viejos célibes que se reúnen en asambleas para mandar prohibiciones en terrenos sexuales".

Uno de los problemas de la institución que integra, dijo el arzobispo, es que algunos de sus integrantes no entienden que la cristiandad quedó en el pasado y que la Iglesia ya no puede aspirar a un papel hegémónico en la sociedad.

—¿A qué atribuye la decisión de Francisco de crearlo cardenal?

—Sinceramente, no he hecho una reflexión a fondo sobre el tema, pero hay un tema concreto que es un respaldo de Francisco a la Iglesia uruguaya. Obviamente, viene de un Papa que es argentino, y eso también es un elemento a tener en cuenta. Además, Uruguay es un país relevante pero por una relevancia que no viene por nuestra riqueza, ni por el número de

habitantes; tampoco por el número de fieles. Uruguay tiene cierto prestigio internacional más allá de su tamaño. Hace unos años tuve que hablar con el secretario de Estado del papa Benedicto XVI, el cardenal Bertone, por un tema de una posible donación para los salesianos. Me llamó la atención lo enterado que estaba de Uruguay, lo importante que había sido el veto al aborto del presidente Tabaré Vázquez. Me parece que en la Santa Sede, aun dentro de las dimensiones nuestras, lo que pasa en Uruguay tiene una resonancia debido al prestigio de su democracia, de sus instituciones. Y también creo que tiene que ver con nuestra experiencia de más de un siglo de laicismo. Lo vi muy patente cuando participé en dos asambleas de delegados de los salesianos de todo el mundo. Ahí percibí que nuestra experiencia de 100 años de laicismo, no con respecto a los países de Asia, sino para los países de Occidente, de la antigua cristiandad, puede servir de ejemplo. Es decir, nosotros sabíamos de lo que trataba mientras que ellos recién estaban cayendo. Entonces, capaz que eso también influyó en la decisión de Francisco.

—Hoy, que en los países de Europa hay una caída en la influencia del cristianismo, ¿la Iglesia uruguaya, acostumbrada a trabajar en una sociedad laica, puede aportarle algo de su experiencia?

—Me parece que sí tenemos algo para aportar. Obviamente, desde una realidad nuestra que es particularísima, muy distinta a la de América Latina y también a la de los países de Europa. Aun los países católicos de Europa que se van deschristianizando tienen otro tipo de vivencias.

Por otro lado, creo que mi designación tiene que ver también con una imagen de pastores cercanos a la gente, capaces de dialogar con la cultura del lugar, que sin renunciar en nada a lo que la Iglesia cree, hablan no como si lo hicieran a una sociedad cristiana sino a una sociedad plural. Eso me parece muy importante y es muy complejo cuando, a veces, todavía se tienen reflejos de hablar desde la cátedra. Eso se puede ver a lo largo de la historia: siglos después de que el Imperio Romano cayó, la gente seguía con la idea del imperio; de hecho, lo de Carlomagno fue con el objetivo de restaurar el Sacro Imperio Romano. Creo que la idea de cristiandad es un reflejo que muchos tienen —yo trato de no tenerlo— y cuesta ubicarnos desde una identidad clara pero en una sociedad plural.

—¿Eso implica renunciar a ciertos principios?

—No. Implica convivir y hablar desde otra perspectiva. Es lo que pasó con la discusión por la guía de educación sexual. Yo entiendo que haya gente que crea en lo que allí está establecido, pero creo que no se puede imponer porque responde a una ideología. Yo tengo otra visión del hombre, del ser humano, y si yo respeto la de los otros, pido que se respete la mía y no me impongan algo.

—¿Pero cuál es el lugar de la Iglesia hoy?

—Creo que la Iglesia tiene varios roles distintos porque posee instituciones distintas. Un elemento a nivel social es ser una luz que orienta la vida de mucha gente desde una perspectiva que nosotros creemos que es liberadora del ser humano. Ahí está cómo lo transmitimos, para que sea la visión liberadora del Evangelio y no lo que aparece como polémico, traba y causa rechazo. A nivel más global, veo a la Iglesia como una articuladora de puentes en las sociedades sin pretensiones hegemónicas. Desde el lugar de arzobispo en este año que llevo, me doy cuenta de que han venido a hablar aquí mucha gente, actores políticos y sociales; me parece que hay hambre de la gente por diálogo con la Iglesia. Sin pretensión

hegemónica ni de proselitismo. Lo que digo es que muchas veces seguimos hablando como si estuviéramos en una sociedad cristiana. La Cristiandad pasó hace mucho, en Uruguay hace por lo menos 100 años, y a algunos todavía les cuesta ubicarse.

—¿Eso lo entienden todos en la Iglesia uruguaya?

—A todo grupo humano le cuesta. A mí me hace bien que tengo contacto con mucha gente — familia, amigos — que no creen y que son pares, con los que hablo mucho. Esas cosas te abren a dialogar con pares que piensan distinto.

—¿Cuánto pesa en su nombramiento el hecho de que sea un Papa argentino?

—Me consta que Francisco le tiene cariño especial a la Iglesia de Uruguay. La Iglesia alemana ayuda a las latinoamericanas y me consta que el Papa le ha dicho a alguno que no se olvide del Uruguay. Eso va también por una razón: es obvio que Uruguay no es el país más pobre de América Latina, pero la Iglesia católica uruguaya es la más pobre de la región en recursos y cantidad de gente. Creo que el Papa mira con cariño al Uruguay como en general lo hacen los argentinos a los uruguayos.

—Cuando asumió hace casi un año, usted decía que uno de los principales cambios de Francisco era la manera de comunicar. ¿Estas nuevas designaciones de cardenales van en la línea de renovar?

—Creo que sí. Hay una cuestión clave que Francisco ha dicho: cuando la Iglesia anuncia sus principios morales a una sociedad que es laica sin que esté primando el anuncio salvador de Jesucristo, lo que queda nada más son las cuestiones morales. Entonces, ¿dónde está la salvación? Por eso, lo primero que tiene que anunciar la Iglesia no son principios morales, porque si no, se invierte la pirámide; lo primero es decirles a las personas "Dios te ama", porque ese es el Evangelio. Dios te salva, pero te quiere llevando una vida digna, es entonces donde viene la segunda parte. Si la persona se integra a una comunidad cristiana, las personas cambian y al final la sociedad cambia. Pero si nosotros primero anunciamos "no al aborto, no a los métodos anticonceptivos...", ¿cómo cae eso en una sociedad laica? Solo como prohibiciones de viejos célibes que se reúnen en asambleas para mandar prohibiciones en terrenos sexuales.

—El año pasado hubo un sínodo de obispos para discutir temas como la posición de la Iglesia frente a los homosexuales y las personas divorciadas. En un documento preliminar elaborado por una comisión nombrada por el Papa, se hablaba de dar la "bienvenida" a los homosexuales porque tenían "cualidades que ofrecer a la comunidad cristiana". Sin embargo, no hubo consensos y esas afirmaciones fueron retiradas del documento final. ¿Qué lectura hace?

—Hay que destacar la intención del Papa. El hecho de que se pueda hablar libremente, con transparencia, es un poco la glásnost a nivel de la Iglesia. Decir seamos transparentes a nivel de la administración, a nivel de las relaciones al interno de la Iglesia, transparentes también en cuanto a que podamos discutir. ¿Por qué no podemos tener diferentes opiniones, salvo en los dogmas? Todos los otros elementos pueden ser de discusión. Siempre el temor es que el pueblo sencillo se confunda, digamos así, cuando se dan estas discusiones. Entiendo eso, pero que se pueda discutir con libertad me parece genial. Y eso tiene que ver con la transparencia

como elemento de Francisco para la Iglesia, con lo que me siento totalmente identificado acá en Montevideo.

—Alguien le puede recordar que la glásnost, junto con la perestroika, terminaron de empujar a la Unión Soviética a su colapso...

—Sin caer en ingenuidades, si la Iglesia no vive el Evangelio también en sus relaciones internas, le estamos errando. Ahí viene cómo vivir según el Evangelio, y el Evangelio es libertad. El don más grande que Dios le ha dado al hombre es la libertad y lo que más se asemeja a la naturaleza divina. Si el Evangelio es libertad, que haya mayor libertad y transparencia. Y si eso sacude un poco algunas estructuras, bueno, que caiga lo que tiene que caer y que quede lo que es realmente auténtico.

—Cuando usted asumió planteó un acercamiento a la colectividad homosexual y recibió críticas desde la interna de la Iglesia. ¿Eso quedó atrás?

—Hubo gestos que causaron extrañeza y hubo gente que quedó un poco desconcertada. El tema es que el Evangelio es para todos. Lo que más llamó la atención de los fariseos en el relato evangélico es la apertura de Jesús a los que estaban fuera: los publicanos, los pecadores y las prostitutas; dichos como categorías. Si uno abre las puertas, no puede ser criticado. Jesús les abría las puertas, pero no los aplaudía por vivir como vivían, sino que en el Evangelio hay un llamado a la conversión moral.

—Usted recibió críticas de políticos de los partidos tradicionales cuando expresó su rechazo a la baja en la edad de imputabilidad. La discusión por la guía de educación sexual fue su primer encontronazo con la izquierda.

—No tengo deseo de controversia ni de enfrentamiento con nadie, sino de defender aquellas cosas que hacen a la dignidad de la persona humana. Ese es el criterio, y no qué piensan unos y qué piensan otros. Además, los artículos más fuertes contra la guía los escribieron dos personas de izquierda, Hoenir Sarthou y Esteban Valenti.

Entrevista publicada en el Semanario Búsqueda, Uruguay el 8 de febrero de 2015, realizada por Guillermo Draper